

PERLITAS

La “nueva forma” de *Médicos maleantes y maricas* de Jorge Salessi (con excusa de su reedición por Editorial Planeta, 2023)

Mario Rufer

mariorufer@gmail.com

Departamento de Educación y Comunicación
Universidad Autónoma Metropolitana
Xochimilco – México

REVISIÓN LITERARIA
Colectivo Editorial Revista Etcétera

Recibido: 27 de octubre de 2024/ Aprobado para publicación: 14 de noviembre de 2024



Copyright © 2018 Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

La “nueva forma” de *Médicos maleantes y maricas* de Jorge Salessi (con excusa de su reedición por Editorial Planeta, 2023)

MARIO RUFER

Cuando tuve en su versión digital la nueva edición (o avatar o reescritura) de *Médicos maleantes y maricas*, tuve un sobresalto similar al de los recuerdos fundantes.¹ En realidad, tuve la imagen de un otoño maltrecho y angustiante. Debe haber sido 1997, la fría aula uno de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Córdoba. Segundo o tercer año de mi licenciatura. Un compañero de aquel tiempo traía un libro de tapa blanca, en la que recordé una especie de víbora o gusano que salía de la cabeza de un hombre en el arte de cubierta. Recordé también el título sin primeras mayúsculas, como esa forma premonitoria que adquiere a veces el lenguaje: *médicos maleantes y maricas*.² Recién en la primera cuartilla interna se leía el subtítulo: *Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*. Desconocíamos la editorial, en aquel entonces la recientemente fundada Beatriz Viterbo.

Escribo esto porque, aunque seguramente Jorge Salessi es consciente de la relevancia de su libro en la forma de comprender el pasado argentino, quizás no

¹ Este escrito es una versión intervenida del texto que leí en la presentación en formato híbrido del libro que se realizó en el Centro de Investigaciones y Estudios en Teoría Poscolonial (CIETP) de la Universidad Nacional de Rosario el 22 de agosto de 2023, con la presencia del autor, Jorge Salessi. Agradezco la escucha generosa de Jorge, así como sus comentarios. También, las reacciones de Laura Catelli y Yolanda Martínez San-Miguel que me ayudaron a pensar esta versión. Agradezco también la lectura inteligente y generosa de los revisores anónimos de la revista.

² Agradezco al dictamen de referato de la reseña la oportuna observación sobre que no hay comas entre “médicos maleantes y maricas”, como una enumeración que aglutina más que diferenciar.

sepa tanto de cuánto impactó en una generación -la mía- que se preguntaba algunas claves para reencauzar la lectura del pasado nacional, asediado por una memoria sin espacio todavía, y marcado por la herencia dictatorial que disfrazaba de defensa del positivismo lo que en realidad era apología de la crueldad. En aquel entonces ideamos un espacio que para mí cambió una forma de leer. Empezamos a reunirnos cada quince días con un grupo pequeño de compañeras y compañeros. Entre 4 y 6 de la tarde cursábamos los teóricos de Historia Argentina I, y a las 6 nos enfilábamos para leer casi secretamente, como una especie de travesura placentera, a Salessi (que, como se puede inferir, no estaba en la bibliografía). ¿Eso era historia? ¿Era literatura? ¿Era ensayo crítico? No estábamos muy al tanto de sus diferencias en ese entonces. En todo caso, era magistral. Lo que recuerdo de esos meses con mayor placer fue leer el montaje que hace Salessi con *El Matadero*. Con la rigurosidad que caracterizaba a la cátedra de Historia Argentina I, leíamos algunos fragmentos de la obra de Esteban Echeverría con las categorías del imaginario político naciente. Y entre los amigos decíamos: “pero después pensemos cómo lo destaza Salessi”.

Médicos maleantes y maricas en aquella edición de Beatriz Viterbo fue para nosotros la posibilidad de la metáfora en la historia -aunque no lo sabíamos-, y también la advertencia benjaminiana sobre la lectura exigible de los documentos como una excusa prestada al tiempo. *El Matadero* no podía leerse solamente como una “traducción” del espacio político del rosismo a las figuras hiperbólicas de sus personajes. El libro fundante de Echeverría merecía algo más: el establecimiento de un lenguaje de la nación, la fragua del testimonio allí donde había poco para ser dicho aún, y también debía leerse como el texto que preconiza aquello que James Scott en *Seeing like a State* (1988) dirá en otro registro: el poder no resiste la ambigüedad ni la mezcla. La metáfora de la visión -y del mapa- es central para el poder. Salessi “veía” en *El Matadero* el conjuro de la ambigüedad, aquello que debía ser *fijado* en un lenguaje diádico y pedagógico para la nación naciente y que fue la obsesión de nuestras élites criollas y sus discursos morales, políticos, literarios y científicos. A su vez, Salessi nos permitía pensar de qué modo era infértil -y en muchos sentidos sigue siéndolo- la separación entre historia y literatura, sobre todo allí donde se nos permite pensar que, si *El Matadero* “inaugura” la literatura, lo

hace en términos no de una pura ficción, sino de un testimonio que es convocado por un vacío (de palabra y de archivo): “un primer cuento, fotografía y evidencia histórica” dice el autor, que le permite analogar el primero de los “focos” de la epidemia política.

Aquellos estudiantes de las postrimerías de la década de 1990 leíamos fervientemente a Michel Foucault, por supuesto. Pero la permeabilidad de la historia a la teoría es renuente, cansina. Foucault era una “moda” nos decían los profesores y, de nuestra parte, todos queríamos encontrar “cuerpos dóciles” en medio de series como la exportación de mulas en la gobernación del Tucumán. Por eso, en términos metodológicos fue tan relevante la aparición de *Médicos maleantes y maricas*, pues reescribía el pasado argentino mostrando el engranaje de las formaciones discursivas, a la vez que ponía en juego las categorías foucaultianas mostrando cómo se embarraban con las ficciones barrocas y con las obtusas ocurrencias de la élite vernácula. La higiene traduciendo el pánico moral y las ansias de control, la criminología simulando la tensa distancia entre cuerpo y delito, desorden sexual y desorden social: marica, travesti y ladrón.

Pero sobre todo hay, creo, una lección central en este libro, al menos para quienes lo leemos en una clave historizante. Salessi nos traía un remoto eco de aquel verso borgiano “ya todo está. Los miles de reflejos que tu rostro fue dejando en los espejos y los que iré dejando todavía” (Borges, 1964). Ya todo está: la labor de la historia no es ir a buscar el contraarchivo, los papeles perdidos entre las sombras del gran texto. La labor de la historia sería, parafraseando a Michel De Certeau, la de preguntarnos “cómo es que retorna el Otro al discurso que lo prohíbe” (De Certeau, 2006: 238-242).

Para hacerlo hay que leer de nuevo, leer harto, leer de otro modo. Salessi leía así, recursivamente, a los higienistas y su metáfora de la nación-cuerpo, su terror al contagio en la urbe que nunca supo del todo cómo conjurar pureza, peligro, espacio y política. Leía de nuevo al lunfardo, ese cuerpo-lengua que invierte en el significante aquello que fracasa en invertir en el género. Veía tempranamente que era en esa vigilancia obsesiva por el desorden sexual donde se fraguaba una teratología de la patria, el terror de la contigüidad y el intercambio de los contrarios. Para nuestro autor el problema no era que hicieran falta “más documentos”,

pero hacía falta conectarlos de un modo menos canónico, menos disciplinario, menos perezoso. Refiriéndose a las operaciones narrativas sobre Buenos Aires, Salessi dice “la ciudad que una vez higienizada reemplazó metonímicamente a la nación”. En esa frase lapidaria el autor también nos recuerda que la nación no solamente está hecha de olvidos suturados, como nos enseñó Ernest Renan, el olvido de las guerras fundadoras y, en nuestro caso, el olvido de la sustitución de un sujeto social –el indio– por un sujeto territorial –las pampas–. Salessi advierte que los procesos son múltiples y no es sólo una operación por desplazamiento y desaparición. También se da por sustitución metonímica y se va haciendo con las décadas, lentamente, como operan las formas actantes del lenguaje.

La edición de Planeta no es una “reedición corregida y aumentada” del libro de 1995. Se trata de una reescritura completa, intervenida en sus gestos narrativos, en el aparato crítico (hacerlo “menos académico”) y en las figuras retóricas (el permiso para el impropio y el sarcasmo). Debo admitir, como lector, que al inicio me obsesioné un poco con entender esa maquinaria de reescritura. ¿Qué había cambiado el autor, sobre todo para entender por qué reescribirlo? Hay algo que me parece intuir y que celebro mucho de esta tarea del copista interventor. Porque creo que, a diferencia del Pierre Menard de Borges, donde Menard reescribe el Quijote en el siglo XX porque lo copia para mostrar el anacronismo de una lengua, Salessi, en primer lugar reescribe su propio libro, pero sobre todo no lo copia. Lo que hace es quitarle excesos y fárragos, produce pequeñas alteraciones, hace intervenir el tropo de la ironía en cada una de sus partes. Se permite las licencias de la desfachatez y el doble sentido. Embarra la solemnidad del texto con el mismo material de compadritos y maricas. En el prólogo, su autor Raúl Zaffaroni dice varias veces que Jorge Salessi está indignado con el montaje de esa nación hipócrita y racista. Seguramente. Pero también se hace cómplice en la parodia y en la burla con un lector presente. Es una indignación productiva y que no externaliza (ni en actores lejanos ni en el pasado) las responsabilidades compartidas.

Médicos maleantes y maricas parroquializa a higienistas, criminólogos, estadistas y facultativos. Los torna fundantes de la nación en la medida en que la fundan en el secreto de su complicidad. Y en este avatar del libro, en esta edición, eso no es sólo quitar los pies de página, los subtítulos y los cortes temporales (incluso

el subtítulo y el rango temporal fueron eliminados en esta edición). Quiero decir, no es sólo –aunque evidentemente también– hacerlo “menos académico”. Hay además en esta reescritura una forma de visitar la síntesis y de honrar la metodología, esa proeza conectiva que hace de este libro la obra que es, cómo conecta archivos dispersos, las biografías específicas con cartas poco conocidas, con textos fundantes de la literatura, con programas de medicina legal de la universidad, con revistas de criminología, con sainetes del momento, con archivos de las universidades públicas en los albores del siglo XX. Una proeza conectiva que exige un lenguaje procaz y refinado al mismo tiempo. Párrafos como este:

No fue arbitrariamente que decidí que 1914 iba a ser el corte donde terminara esta historia del apogeo de los higienistas criminólogos –y homosexuales– del primer Estado argentino en formación. Además del corte entre clases y sistemas políticos que representa la Primera Guerra Mundial, entre 1870 y 1914 hay raíces de la historia argentina que es necesario arrancar y exponer para verlas con más cuidado y pensar cómo y hasta qué punto pueden haber seguido brotando hasta el siglo XXI.

Hay escenas perturbadoras en el libro, porque arrojan como una cachetada la lectura de una forma bestial de ejercicio del poder, como el análisis que hace el autor del cuadro de Blanes, *Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires* de 1871, y la manera en que la lectura que en la propia época hace Wilde ya “traduce” una manera de entender el puente entre representación miedo (de los sectores populares y de sus excesos voluptuosos) y dominio (del cuerpo de la mujer modélica que sirve de ejemplo y de contemplación). Hay otras escenas, como las que aparecen en las obras de teatro y en los escritos criminológicos adyacentes que descubre Jorge: “La noche de los maricas”. En la obra *Los invertidos* del anarquista González Castillo, cita Salessi, “la noche parece infundirles una nueva vida, como si en el misterio de la sombra se operara en sus organismos una transfusión milagrosa del sexo”. La complicidad entre la escena, la crítica, la medicina y el derecho se transmiten en una “serie” de inscripciones de discurso, como Foucault nos enseñó

tempranamente a pensar. En el medio se inscribe también el autor, más soez, más cómplice con el lector.

En la amalgama brutal entre racismo, misoginia, homofobia y a veces profunda ignorancia disfrazada de sofisticación de nuestros intelectuales fundadores, se cuela la risa como una fórmula del respiro (o de la advertencia): también en este presente nos acechan esos espectros que visitan la nación en ascuas. La noche de los maricas y el temor a la noche, allí donde todo se vuelve más difuso y donde los sueños toman el lugar del plano. Recordemos a Lichtenberg cuando escribió: “es una lástima. Toda la historia humana es la historia de algunos hombres despiertos” (Lichtenberg, 2009: 47). Tampoco la antropología, como ha señalado Gustavo Blázquez (2021), se ocupó de la noche hasta hace muy poco tiempo: ¿qué miedos, qué secretos, qué amenazas escondía la noche de los invertidos para una nación que ya desbordaba silencios?

También hay un guiño hermoso sobre el lunfardo, como aquello que el antropólogo Georges Balandier (1993) llamó la inversión de los contrarios. “La inversión de tanto *choma* en el río de *la tapla*” escribe Jorge. Ahí, en el lunfardo lengua fue donde quedó el rejunte de mezclas bizarras, de imágenes sin anclaje donde fijar el signo del orden y de los poderes públicos. La regulación de la prostitución fue justamente eso. Salessi recordará:

Veyga fue el primero que descubrió a las maricas y sus placeres, pero cuando –junto con los afines– se dio cuenta de que las había encontrado en todas las clases de la sociedad porteña las excluyó, las borró de la historia y de una psicología, de nuestra personalidad cultural fundacional que él tenía en construcción.... En la primera década del siglo XX, el mismo movimiento que excluyó la sexualidad del cuerpo del hombre del tango, desapareció a las maricas y las representó como nada más que lunfardos de jóvenes experiencias homosexuales que con la edad, la irremediable biología los enderezaba normalmente.

Así, el lunfardo va transformando el que miente y simula desde el marica que se viste de mujer al malevo macho que sortea el hambre y la explotación, porque sólo el macho resiste los embates de la mala vida y el capital... ¿o no?

Salessi encuentra los procedimientos precisos donde una discontinuidad se pone en marcha y se perfila como historia. Eso que Michel Rolph Trouillot (1995) llamó el “disnarrar”, solapar, borrar, someter en la superficie del texto, no con la desaparición sino con la sustitución. Ahí aparece Bunge, casi casi recomendando el suicidio de las maricas, porque... ¿no sería más fácil? Entre la sobreescritura radical aparece el barroco. Sabemos que en las culturas simbólicas de herencia del coloniaje, el barroco es ese espacio de profusión y negación de hipérbole y el trabajo burlesco. El autor aborda al compadrito que

se llenó de chambergos con cintas y ribetes que usaban requintados sobre la cara maquillada con albayalde y khol, pañuelos de seda o corbatas llamativas, con camisa rosa granate o sobre el pecho desnudo, los pantalones plisados y ajustados con saco culero corto bordeado de trencillas de seda y botones de nácar.

El bajo fondo se apropiaba del esteticismo consumista y la obsesión sastreril de la clase alta pero los daba vuelta. Otra vez la inversión de los contrarios.

El libro termina como una daga que sutura historia y vida, o la historia que no pasa. No quiero citar el estupendo último párrafo de esta edición porque es malhad genuina ser *spoiler* cuando la obra es maravillosa y cuando su fuerza nodal está en la tensión narrativa, pero sí decir que en ese movimiento del “fin de libro” se cifra también la argucia teórica contenida en el mismo. Entre el archivo conectivo que despliega Salessi, la potencia que revela su escritura en tanto forma y la manera de asociar tiempos y campos de saberes, recordé ahora la sorpresa que me produjo el hecho de que la obra apareciera en Beatriz Viterbo bajo la rúbrica de la colección “estudios culturales” (y no historia o literatura). En 1997 eso no era nada claro para mí. Hoy diría que lo entiendo como el mejor ejemplo de estudios culturales “a la Stuart Hall”: contra la partición de lo sensible, contra la comprensión seriada de la parcelación moderna que administra poblaciones con la taxonomía de los saberes.

Quisiera terminar este texto refiriendo de nueva cuenta a los caprichos selectivos de la memoria, sobre todo porque, aunque hace tiempo ya no vivo en el país del libro, sí me habita esa nación. La tarde de aquel otoño, en la que a los veinteaños tuve por primera vez en mis manos la obra de Salessi, habíamos formado un círculo en el aula uno del Pabellón España de la Escuela de Historia. Pero no estábamos reunidos para una clase o algún trabajo práctico. Aquella tarde no. Nos habíamos concentrado para marchar otra vez en resistencia al intento de arancelamiento de la universidad pública que el menemato pretendía y que –dicho sea de paso– no logró. Llevamos el ejemplar a la marcha. Lo ojeamos asombrados entre los cantos de la Avenida Colón. Casi treinta años después, el tiempo ominoso de los fantasmas habituales se conjuntan nuevamente en el país y quiero pensar que no es, que no puede ser casualidad que esta nueva *forma* de *Médicos maleantes y maricas* reaparezca justo ahora. Quizás como una advertencia, quizás como un talismán de relectura.

Bibliografía

Balandier, G. (1993 [1988]). *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*. Barcelona: Paidós.

Blázquez, G. (2021). Metodologías horizontales y conocimientos excitados. En: M. Rufer e I. Cornejo (coords.), *Horizontalidad. Hacia una crítica de la metodología* (pp. 251-276). Guadalajara: CALAS-CLACSO.

Borges, J. L. (1964). Everness. En: *El otro, el mismo*. Buenos Aires: Emecé.

De Certeau, M. (2006 [1975]). *La escritura de la historia*. México. Universidad Iberoamericana.

Lichtenberg, G. (2009). *Aforismos*. Madrid: Cátedra.

Rolph-Trouillot, M. (1995). *Silencing the past. Power and the production of history*. Boston: Beacon Press.

Salessi, J. (2023 [1995]). *Médicos maleantes y maricas*. Buenos Aires: Planeta.

Scott, J. (1998). *Seeing like a State: how certain schemes to improve the human condition have failed*. New Heaven: Yale University Press.

Sobre el autor

MARIO RUFER es Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba, y Doctor en Estudios de Asia y África, Especialidad Historia y Antropología, por El Colegio de México. Actualmente es Profesor-Investigador Titular de la Universidad Autónoma Metropolitana de México. Sus líneas de investigación se orientan a los estudios culturales y la crítica poscolonial, así como a los usos del pasado y de la temporalidad: nación e historia pública, archivo, memoria, museos, patrimonio. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores de CONACyT. Entre sus libros como autor o editor se encuentran *La nación en escenas. Memoria pública y usos del pasado en contextos poscoloniales* (El Colegio de México, 2010); *Entangled heritages. Postcolonial perspectives on the uses of the Past in Latin America* (coeditado con Olaf Kaltmeier, Routledge, 2017); *La colonialidad y sus nombres* (Siglo XXI Editores y CLACSO, 2022); *El tiempo de las ruinas* (Universidad de Los Andes y UAM, 2023).